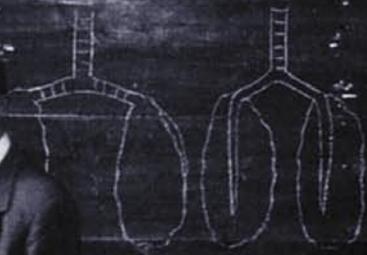
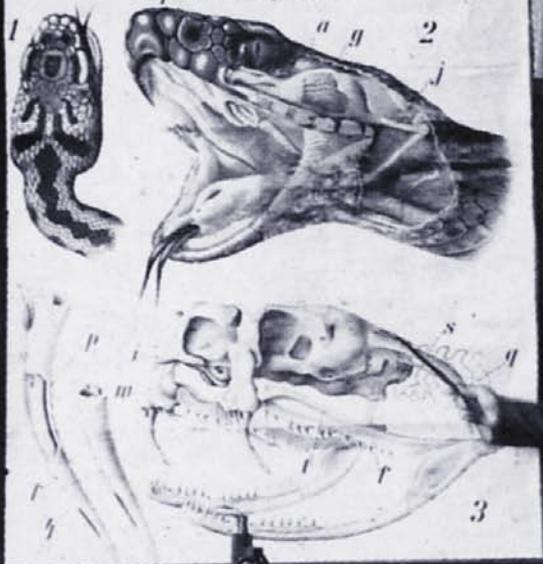


AÑO DE 1871.

Ophidia II. Vipera berus.



Fui amigo de don Emiliano, siempre le llamé así, porque era un hombre quien por su bondad y amable trato invitaba al respeto, aparte de que mi ilustre compañero en las lides docentes era mayor que este cronista: me llevaba veintitrés años, casi una generación.

Don Emiliano era alto, delgado, de rostro muy blanco, rosado, de expresión bondadosa y respetable. Su mirada tímida se refugiaba detrás de unas gafas doctorales e inteligentes. Metódico, de hablar lento, pausado, muy considerado en la expresión, ecuánime, respetuoso con el interlocutor, liberal en las ideas, muy trabajador y responsable en sus clases de Ciencias Naturales y de Fisiología e Higiene, apoyadas siempre en sus detallados y pulcros dibujos. Soy testigo de esa perfección en sus dibujos, puesto que me ilustró alguno de mis trabajos de Arqueología y de Geografía. Sus dibujos eran de línea perfecta y sencilla. Ya jubilado podría pensarse en que le fallara el pulso, pues no señor, su trazo era seguro.

Conocí a don Emiliano cuando ambos cruzábamos, con otros profesionales, el desierto toledano. En mi primera estancia en el viejo Instituto de Enseñanza Media de Toledo, le tuve como un buen compañero, entonces era el que esto escribe un joven profesor de Geografía e Historia, que preparaba oposiciones a cátedra. Don Emiliano un profesor maduro, toledano de Toledo, académico y pintor de paisajes urbanos de la ciudad. Me recibió muy bien y su trato conmigo fue altamente considerado y cordial. Cuando volví al querido Instituto, ya catedrático, reanudamos la antigua amistad, pero pronto se jubiló. Seguimos tratándonos en la Real Academia, en donde nos reuníamos, en el invierno, en torno a una pobre estufa que nos ayudaba en aquellas gélidas tardes-noches.

Don Emiliano era un buen pintor y magnífico dibujante. Era también con el profesor don Guillermo Téllez González, compañero de Academia y de pintura, los dos artistas que entonces teníamos, a los que se sumaba nuestro admirado director, el fabuloso don Julio Pascual, artista de la forja y mozarabe de nacimiento.

Don Emiliano era un pintor del detalle, muy vinculado a la Escuela Toledana, buen colorista, enamorado de los monumentos de su ciudad, a la que siempre quiso y defendió.

Tengo en mi casa de Belvís dos obras suyas: Un cuadro al óleo del cubo de San Vicente y mi retrato a lápiz, pintura y dibujo paradigma de su buen hacer. Como tal pintor concurrió a varias exposiciones; en una de ellas, en la IV de Primavera, recibió el premio «Alcázar de Toledo»; también obtuvo el premio «Galiana».

Elegido académico, fue un excelente compañero.

Sirvió a la Enseñanza Media en los Institutos de Mahón, Huesca, Badajoz, de nuevo en Mahón y en Toledo, en donde se jubiló y falleció. Fue hijo de un notable toledano, del señor Castaños Montijano. Alguna vez, comentando su primer apellido me dijo que el general Castaños, el héroe de Bailén (1808), era su ascendiente.

Escribió artículos de su especialidad en numerosas revistas: «Blanco y Negro», «Ejército», «Menorca», «Mediterráneo», y en las toledanas «Patria Chica», «Toledo», «Ayer y Hoy» y «Toletum».

Fue académico con su discurso «Paisaje y habitantes de Toledo en el pasado geológico» (*Brabacht*, 1950-51). Cuando ingresó en la Real Academia Martín Aguado, le contestó Don Emiliano (*Toletum*, 1964).

Como buen dibujante quedan algunos de sus trabajos en la Revista «Ayer y Hoy» editada por la Asociación ESTILO.

Ya jubilado seguimos en contacto en nuestra Real Academia. Cuando falleció ya estaba este cronista en el Instituto Isabel la Católica de Madrid. Sentí mucho su partida, porque don Emiliano había sido un gran toledano, que sentía y quería a su ciudad.



*Puente de Alcántara y Alcázar. Dibujo de E. H. Locker. Litografía de W. Westall.*





*Alcazar of Toledo, E. H. Lusk, Wisconsin State, 1893*